

conoció el emperador el carácter, la energía, el patriotismo, y sobre todo la constancia del pueblo español. En medio de la inmensa superioridad en número, inteligencia y disciplina de las tropas francesas sobre las españolas, la situación del rey José en España considerada militarmente no era nada lisonjera. A fuerza de repetir Napoleón que su hermano no era militar, y de haber acostumbrado á los generales á obedecer y seguir las instrucciones y planes que él directamente les comunicaba, cada general se creía superior al rey en lo perteneciente á la guerra, y aunque el rey fuese el jefe de los ejércitos, ó no se cumplían las órdenes que de él solo emanaban, ó si un general sufría un revés, procuraba justificarse con el emperador, diciendo que se había visto obligado á obedecer órdenes que él no aprobaba. De esta falta de confianza y armonía entre el rey, el mayor general y los mariscales, resultaban los inconvenientes que son fáciles de comprender. A pesar de todo, la situación de las fuerzas francesas llevaba inmensas ventajas en principios de 1809 á las de los ejércitos españoles, por mas que se hubiera procurado rehacerlos y reorganizarlos despues de los quebrantos y derrotas de la segunda campaña.

Hablaremos primero de los del centro y Extremadura, que eran los que mas habian de darse la mano.

Despues de la derrota de Uclés y de la retirada del duque del Infantado á las cercanías de Sierra-Morena, fué este jefe relevado del mando por la Junta, sustituyéndole el conde de Cartaojal, que con los restos de aquel ejército, y con las tropas que se habian ido reuniendo en la Carolina formó uno solo, que se denominó de la Mancha, y constaba de cerca de veinte mil hombres, de ellos tres mil jinetes bien equipados. Con mas de la mitad de esta fuerza se dispuso que el intrépido duque de Alburquerque hiciera una excursion por la Mancha para distraer la del enemigo que iba á cargar sobre Extremadura. Cerca de la villa de Mora alcanzaron nuestros jinetes á quinientos dragones franceses mandados por el general Dijon; embistiéronlos con brio (18 de febrero), acuchilláronlos y cogieron de ellos ochenta, juntamente con el caruaje del general. Con noticia de este golpe acudieron á aquella parte considerables fuerzas enemigas; en su virtud replegóse Alburquerque á Consuegra, donde aquellas le buscaron, teniendo por prudente el general español retirarse á Manzanares. No corrían bien Alburquerque y Cartaojal, por diferencias de carácter, y tambien por celos, achaque por desgracia no raro entre generales españoles. Ambos llevaron en queja sus disensiones á la Junta Central.

Aunque la Junta prefirió y aprobó, como los prefería el ejército, los planes que proponía Alburquerque, en ellos mismos encontró Cartaojal medio para alejarse de su lado, encomendándole ir á reforzar el ejército de Extremadura con las dos cortas divisiones de Bassecourt y Echavarry, dándole apariencia de una importante y honrosa comision. No se lució despues de esta separacion el de Cartaojal. Marchó él mismo con su ejército á los países que el de Alburquerque acababa de recorrer, situando primero su cuartel general en Ciudad-Real. Pero hizo su correría por Yébenes y cercanías de Consuegra de tal modo, que á los tres dias tuvo que volver precipitadamente al mismo punto (26 de febrero). Aun así no pudo evitar ser acometido el 27 por el general francés Sebastiani, que sin un gran esfuerzo envolvió y desordenó sus columnas, rechazándolas sucesivamente de Ciudad-Real, el Viso, y Santa Cruz de Mudela, y apoderándose de muchos prisioneros y algunos cañones. Las reliquias de nuestro ejército se abrigaron en Despeñaperros, fijándose el cuartel general en Santa Elena. En Santa Cruz se quedaron los franceses, aguardando noticias de Extremadura.

En esta provincia dejamos al general Cuesta recogiendo dispersos, restableciendo la disciplina, lastimosa y escandaloso-

ayudado por Mortier, y avanzaría, si era conveniente, por Cuenca á Valencia.—Saint-Cyr tenía orden de conquistar las plazas fuertes de Cataluña.—Y la parte norte de España quedaria confiada á una porcion de cuerpos mandados por Kellermann y Bonnet, que formarían las guarniciones de Burgos, Vitoria, Pamplona, San Sebastian, Bilbao y Santander, y proporcionarían columnas ambulantes en caso necesario.

samente relajada desde el asesinato del general Sanjuan en Talavera, y reorganizando, en fin, aquel ejército. Mas á propósito para esto que para dirigir operaciones y para dar combates el general Cuesta, habia conseguido con la dureza de su carácter aterrar á los desmandados y discolos, disciplinarlos, y reunir á fin de enero un cuerpo de tropas respetable, al menos por su número, con el cual desalojó los franceses de las cercanías de Almaráz, situándose él en Jaraicejo y Deleitosa. Para contener á aquellos hizo destruir á fuerza de trabajo uno de los dos magníficos ojos del famoso puente de Almaráz, obra maravillosa de arte; acto digno de ser lamentado como destruccion de una grandeza artística, é infructuoso como precaucion militar, segun vamos á ver (1).

Convenia á los franceses marchar sobre Extremadura, no solo porque la permanencia de un cuerpo de ejército español sobre el Tajo alentaba las partidas de insurrectos y fomentaba el espíritu de sedicion hasta las puertas de Madrid, sino porque se calculaba que el mariscal Soult estaria ya en Portugal segun las instrucciones imperiales, y convenia darle la mano por Extremadura. Recibió, pues, el mariscal Víctor orden de atacar á Cuesta y avanzar hasta Mérida. En su virtud el duque de Bellune se puso en marcha con el primer cuerpo, compuesto de 22,000 hombres: él se situó en el pueblo de Almaráz, para activar la construccion de un puente de barcas que suplira al destruido por los españoles; pero antes que aquel se habilitase (en lo cual anduvo, sobre lento, poco entendido el mariscal, si hemos de creer á historiadores de su nacion) 14,000 hombres de los suyos pasaron el Tajo por Talavera y por el puente del Arzobispo; los cuales dirigiéndose á Mesas de Ibor, Fresnedoso y otros puntos que ocupaban los españoles, los hicieron irse retirando sucesivamente á Deleitosa, al puerto de Mirabete, á Trujillo, donde entraron el 19 de marzo, de allí á Santa Cruz del Puerto y Medellín. Cerca de Miajadas, un escuadron francés del 10.º regimiento de cazadores, perteneciente á la division Lasalle, habia avanzado imprudentemente, cargaronle dos regimientos nuestros, el del Infante y el de dragones de Almansa (21 de marzo), y le acuchillaron casi entero.

Aunque aficionado Cuesta á dar batallas, esquivó presentarla hasta que se incorporase la division que de la Mancha llevaba el duque de Alburquerque. Habiéndose esto verificado en la tarde del 27 (marzo), en la mañana del 28 ofreció el combate, desplegando su ejército, en número de 22,000 hombres, en la espaciosa llanura que se abre cerca de la villa de Medellín (notable por ser la patria de Hernán-Cortés), formando una línea en media luna de una legua de largo, y sin ninguna reserva. Mandaban la izquierda, compuesta de la vanguardia y primera division, don Juan Henestrosa y el duque del Parque: el centro el general Trias con la segunda division; la derecha, junto al Guadiana, el teniente general don Francisco Eguía, con la tercera division del marqués de Portago, y la recién llegada de Alburquerque. Cuesta se colocó en una altura de la izquierda con casi toda la caballería. A las once de la mañana se presentaron los franceses pasando el Guadiana por el puente de Medellín: su fuerza ascendía á 18,000 infantes y cerca de 3,000 caballos: general en jefe, mariscal Víctor; de division, Lasalle, Latour-Maubourg, Villatte y Ruffin.

La accion en un principio y por espacio de algunas horas, no solo fué admirablemente sostenida por los españoles, sino

(1) Este famoso puente estaba tan sólidamente construido, que para cortarle, no habiendo surtido efecto los hornillos, fué menester descarnarle á pico y barreno, cuya operacion se hizo con tan poca precaucion que al destrabarse los sillares cayeron y se ahogaron veintiseis trabajadores con el ingeniero que los dirigía. Perjuicios grandes causó esta destruccion á las comunicaciones y tráfico de Extremadura y á las operaciones militares mismas, teniendo que proveerse al paso del rio con puentes de balsas. Aquellos perjuicios duraron por mas de 30 años, porque su reconstruccion ofrecía dificultades inmensas. Al fin se emprendió en 1841, siendo notable que no encontrándose ingeniero español, y teniéndose por difícil hallarle en el extranjero que diera garantías de acierto en la obra, y ofreciéndose á ejecutarla un lego ex-jesuita, llamado el P. Joaquin Ibañez, encomendósele, y lo llevó á cabo con el éxito mas feliz y con general admiracion y aplauso. Concluyóse el arco nuevo en 1845: el todo de la obra costó cerca de dos millones de reales.

que casi en todos los lados iban haciendo al enemigo perder terreno: «con intrepidez y con audacia, dicen sus mismos partes, combatieron los españoles aquel dia.» Tal confianza tenian ya en la victoria, que los unos amenazaban con no hacer prisioneros, los otros blasonaban de que el sepulcro de los franceses iban á ser los campos de Medellín. Un incidente desgraciado cambió de todo punto la fortuna que iba guiando nuestra causa. Al tiempo que el ala izquierda se hallaba próxima á tomar una bateria enemiga de diez piezas, dos regimientos de caballería y dos escuadrones de cazadores, cargados por los dragones de Latour-Maubourg volvieron grupas, huyendo vergonzosamente al galope y atropellándolo y desordenándolo todo, incluso al mismo general Cuesta, que queriendo contener el desorden fué derribado del caballo, en el cual, á pesar de sus años y de estar herido en un pié, pudo volver á montar, no sin gran riesgo de quedar en poder de los enemigos. Rota la izquierda, lo fué tambien al poco tiempo el centro, desapareciendo, dice un escritor español, como hileras de naipes la formacion de nuestra dilatada y endeble línea. Sostívose todavia algun tiempo el valeroso Alburquerque, mas tambien se desarrejó atropellado por los dispersos; y desde entonces todo el ejército se convirtió en bandadas de fugitivos. Los franceses vengaron con furor las amenazas de los nuestros. «Durante mucho tiempo, dice el mismo escritor nuestro compatriota, los huesos de los que allí perecieron se percibían y blanqueaban, contrastando su color macilento en tan hermoso llano con el verde y suavizadas flores de la primavera.» Acaso no bajó de 12,000 hombres nuestra pérdida en la desgraciada jornada de Medellín (1).

Sin embargo, la Junta Central decretó premios y recompensas para los que se habian conducido bien en la batalla, y otorgó mercedes á las viudas y huérfanos de los que habian muerto en ella. En esto procedió la Junta con justicia, porque la mayoría del ejército se batió con arrojo y denuedo. Mas extraño pareció verla premiar tambien al general derrotado, elevándole á la dignidad de capitán general, y poniendo á sus órdenes el ejército de la Mancha, depuesto el de Cartaojal de su mando por el desorden de la accion de Ciudad-Real. No fué sin duda una razon de justicia la que movió á la Junta á premiar de aquel modo á don Gregorio de la Cuesta, á cuya falta en la disposicion de la batalla mas que á la fuga de algunos escuadrones se atribuyó tan fatal derrota, y que habiendo podido hacer de Medellín otro Bailen, hizo una segunda edicion de la jornada de Rioseco. Fue cálculo político el que en esto guió á la Central, porque perdido el ejército de la Mancha, y no quedando para su inmediata defensa sino el de Extremadura, quiso alentar á los amigos dándoles ejemplo de confianza, demostrar á los enemigos que la causa nacional no habia succumbido en los campos de Medellín, y dar á todos un testimonio de que sabia hacerse superior á los reveses, y confiaba en la constancia y en el patriotismo de la nacion. Cuesta con el resto de su gente se retiró á Monasterio, en la sierra que separa á Extremadura de Andalucía. Víctor se quedó entre el Guadiana y el Tajo, esperando noticias de las operaciones de Portugal.

Pareció al rey José que las dos derrotas de Ciudad-Real y Medellín le deparaban ocasion oportuna para tantear á la Central con la propuesta de un acomodamiento que pusiera término á los males que ya sufrían las provincias por él ocupadas, y que sufrirían las que en adelante habria de subyugar. Con esta mision partió de Madrid el magistrado don Joaquin María Sotelo, que desde Mérida y por medio del general Cuesta dirigió á la Junta un pliego en este sentido. Por conducto del mismo general le respondió la Junta, que estaba dispuesta á oírle, con ausencia de nuestros aliados, siempre que llevara poderes bastantes para tratar de la *restitucion á España de su amado rey Fernando, y que inmediatamente evacuaran las tropas francesas el territorio español*. Como Sotelo insistiese, aunque en términos moderados, la Junta le

(1) En 10,000 la calculaban nuestros historiadores; á 12,000 hacen los franceses subir los muertos; y hay quien eleva el número de prisioneros á 7 ó 8,000. Esto es evidentemente exagerado: 1,850 prisioneros fueron entregados al comandante Bagneris en Talavera: esto es lo exacto.

hizo entender que aquella era la última contestacion, en tanto que José no aceptase lisa y llanamente la condicion indicada. Compréndese fácilmente que aquella negociacion, encerrada en estos límites, no podia pasar adelante (abril, 1809).

Igual ó parecida tentativa hizo el general Sebastiani que mandaba en la Mancha, si bien este se dirigió particularmente al ilustre individuo de la Junta don Gaspar Melchor de Jovellanos. «La reputacion de que gozais en Europa, le decía, vuestras ideas liberales, vuestro amor por la patria, el deseo de verla feliz, deben haceros abandonar un partido que solo combate por la Inquisicion, por mantener las preocupaciones, por el interés de algunos grandes de España, y por los de la Inglaterra. Prolongar esta lucha es querer aumentar las desgracias de la España. Un hombre cual vos, conocido por su carácter y sus talentos, debe conocer que la España puede esperar el resultado mas feliz de la sumision á un rey justo é ilustrado.... etc.» Y le pintaba con los colores mas halagüeños los bienes de una libertad constitucional bajo un gobierno monárquico. La respuesta de Jovellanos (24 de abril) fué tan firme, tan digna, tan elocuente como era de esperar de su reconocida ilustracion y de su acendrado patriotismo.—«Señor general (empezaba): yo no sigo un partido, sigo la santa y justa causa que sigue mi patria, que unánimemente adoptamos los que recibimos de su mano el augusto encargo de defenderla y regirla, y que todos hemos jurado seguir y sostener á costa de nuestras vidas. No lidiamos, como pretendéis, por la Inquisicion, ni por soñadas preocupaciones, ni por el interés de los grandes de España. Lidiamos por los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra religion, nuestra constitucion y nuestra independencia.... Acaso no pasará mucho tiempo sin que la Francia y la Europa entera reconozcan que la misma nacion que sabe sostener con tanto valor y constancia la causa de su rey y su libertad, contra una agresion tanto mas injusta, cuanto menos debia esperarla de los que se decian sus primeros amigos, tiene bastante celo, firmeza y sabiduría para corregir los abusos que la condujeron insensiblemente á la horrorosa suerte que le preparaban....» El resto y la conclusion correspondian á la muestra que damos de este notable documento, y los sentimientos que en él se vertían fueron fecunda semilla que dió saludables frutos en la nacion.

Dejamos indicado que así Sebastiani como Víctor se habian detenido despues de sus triunfos esperando noticias de Portugal, para moverse y arreglar sus operaciones en combinacion con las del ejército de Soult, á quien el emperador habia encomendado la reconquista de aquel reino. Pero Soult en su marcha y empresa habia tropezado con multitud de impensables obstáculos. Despues de malogradas algunas tentativas para cruzar el Miño, ya por falta de barcas, ya por la vigilancia de los portugueses, resolvió hacer la invasion por la provincia de Orense. Mas los paisanos de aquella provincia, alentados por algunos destacamentos del marqués de la Romana, y no obstante la reciente derrota de la Coruña, habianse levantado en defensa de la patria, y acaudillados, ya por jóvenes de las principales familias del país, ya por eclesiásticos fogosos, ya por los mismos encargados de la administracion de justicia (2), ocupando las montañas, valles, riscos y desfiladeros que cruzan aquel reino, opusieron porfiado y temible estorbo á la marcha del mariscal francés. Desde Moutentan hasta Rivadavia y Orense fué un combate continuado; porque en cada garganta, en cada cumbre, en cada caserío, en cada paso difícil tenia que pelear con bandadas de insurrectos: el caracol resonaba por todas aquellas montañas, que iban quedando regadas con sangre; muchos paisanos murieron, pero murieron tambien muchos franceses; perdiéronse muchos caballos; y de la artillería solo pudo llevar Soult 22 piezas, teniendo que dejar en Tuy las 36 restantes y de mayor calibre.

Con tales estorbos, cuando Napoleón suponía ya al duque de Dalmacia en Lisboa, aun no habia podido salir de Galicia. Al fin penetró en Portugal dirigiéndose á Chaves, cuya mal

(2) Tales como los hijos de la ilustre casa de Quiroga, el abad de Couto, el juez de Cancelada, y otros caudillos que sucesivamente fueron saliendo.

guarnecida plaza tomó sin resistencia (13 de marzo), encontrando en ella cincuenta viejos y mal servidos cañones. Allí comenzó á darse el título de *Gobernador general de Portugal*. En la marcha á Braga conoció que tenía todo el pueblo portugués por enemigo como en Galicia. El general Freire que le esperaba cerca de la ciudad con diez y seis mil hombres, como hiciese ademán de retirarse, fué arrestado por los paisanos y bárbaramente asesinado. El baron Deben que le sucedió tuvo que dar siquiera un simulacro de batalla, pero arrollado por los franceses, en cuyo poder quedó la artillería, la ciudad de Braga pasó también al de las tropas de Soult (20 de marzo). El deseo de venganza hizo á los portugueses implacables y feroces: los franceses que caían en sus manos eran de seguro sacrificados, mutilados cruelmente con refinada crueldad. Las provincias de Tras-os-Montes y Entre-Duero y Miño se alzaron en armas: delante de Oporto, la segunda ciudad del reino por su población, su riqueza y su importancia mercantil, se formó un campamento atrincherado, donde se reunieron numerosas fuerzas de línea, de milicias y de paisanos; mandábalas el obispo de aquella ciudad: esperábase el desembarco de un nuevo ejército inglés.

El 27, después de algunos encuentros y dificultades en su marcha, se presentó Soult delante de Oporto, y se empeñó el fuego en toda la línea. En vano envió el mariscal francés un parlamentario al obispo: en vano envió otro á los generales portugueses y á los magistrados del pueblo: el 29 lanzó simultáneamente su ejército en tres columnas sobre toda la línea, que mal defendida fué pronto deshecha: el general Delaborde penetró á viva fuerza en la ciudad, acuchillando cuanto se le presentó delante: sobre un puente de barcas cargó tanto número de fugitivos, que hundiéndose con el peso se ahogaron los mas, siendo los restantes bárbaramente ametrallados: varios regimientos, perseguidos por el general Merle, prefirieron la muerte arrojándose al Duero á rendir las armas: unos doscientos soldados del obispo se encerraron en la catedral, donde se defendieron hasta no quedar uno solo con vida. El general Foy, que había caído prisionero, fué libertado. Todo fué horror en aquella desgraciada población: los días antes de la batalla el paisanaje había arrastrado por las calles y mutilado horriblemente el cadáver del general Oliveira, dando con tales excesos ocasión á los franceses para entregar la ciudad á todos los horrores de la guerra y de una plaza tomada por asalto. La pérdida de los portugueses en la acción de Oporto fué espantosa; hizola subir el mariscal Soult en sus partes á diez y ocho mil muertos, sin comprender los ahogados: apenas pasaron de doscientos los prisioneros: cogiéronles veinte banderas y ciento noventa y siete cañones.

Hízose notable la estancia de Soult en Oporto, no ciertamente por sus progresos en aquel reino, sino por su conducta en aquella ciudad. Pues mientras sus tropas hacían excursiones, marchas y tentativas sobre Coimbra, sobre Peñafiel, sobre Amarante y otros puntos, sin resultado las mas veces, y teniendo que sostener combates diarios, ya con el general Silveira, ya con los paisanos insurrectos, él, encerrado en Oporto, sin comunicacion ni con Víctor que se hallaba en Extremadura, ni con Lapisse que le había de dar la mano por la parte de Salamanca, se esforzaba con estudiado esmero en hacerse grato á los portugueses, siguiendo una conducta opuesta á la de los generales que le habían precedido en aquel reino. El título de *Gobernador general de Portugal* que se aplicó desde su entrada en él, hizo ya sospechar si en aquella conducta iría envuelta alguna mira de personal interés. A poco tiempo de esto, doce principales ciudadanos de Oporto, supúsose que por sugestion suya, en una felicitacion que dirigieron al emperador le suplicaban cumpliera el artículo del tratado de Fontainebleau, en que se estipulaba que Oporto y su provincia formarían un Estado independiente con el título de *Lusitania septentrional*. De aquí á pedir la soberanía de aquel Estado para el duque de Dalmacia no había mas que un paso; y su jefe de estado mayor excitaba á los generales á apoyar el pensamiento de los de la ciudad. Algunos creyeron ver en esta conducta un acto de traición; otros, tomándolo menos por lo serio, le ridiculizaban dándole en las conversaciones privadas el título de *Nicolás I*; lo cual no favorecía nada ni á

la disciplina del ejército, ni al prestigio del general en las circunstancias en que le era mas necesario (1).

Otro curioso episodio de la estancia de Soult en Oporto fué haberse descubierto la sociedad secreta llamada de *los Filadelfos*, que tenía por objeto destronar la familia imperial y restablecer en Francia la república. Este plan, en que parece entraban varios generales franceses de los de mayor reputacion, y que tenía ramificaciones en el ejército mismo de Soult, fué descubierto por delacion de un oficial general á quien se había confiado el ayudante mayor d'Argenton, que era el que había ido á Lisboa á entenderse y concertarse para ello con los generales ingleses Wellesley y Beresford. D'Argenton fué arrestado, formósele proceso, y se le envió á Francia (2). Soult se tranquilizó habiendo visto que el espíritu general de sus tropas sobre este particular era bueno.

Mas en tanto que el duque de Dalmacia permanecía inmóvil en Oporto, por una parte se había insurreccionado toda la Galicia, por otra el gobierno inglés envió un nuevo ejército á Portugal al mando de sir Arturo Wellesley, que desembarcó el 22 de abril en Lisboa y llegó el 2 de mayo á Coimbra. De modo que habiendo quedado en Portugal después de la acción de la Coruña un corto ejército inglés mandado por el general Caradock, la inacción de Soult y sus descabellados planes dieron lugar á que se aumentara hasta 30,000 hombres, y á que se reorganizaran y obraran en combinacion con los ingleses las tropas portuguesas. Dióse el mando superior de todas á Wellesley, el antiguo vencedor de Vimeiro. El plan del general inglés fué avanzar rápidamente para ver de envolver á Soult y obligarle ó á rendirse ó á emprender una retirada que había de ser desastrosa. El 10 y el 11 (mayo) hubo ya dos combates á las inmediaciones de Oporto, en que la vanguardia francesa se vió forzada á reparar el Duero. Soult, que había pensado retirarse sobre la provincia de Tras-os-Montes, creyó todavía poder permanecer el 12 en Oporto. Pero Wellesley concibió una operacion tan atrevida, como fué luego hábil y felizmente ejecutada, á saber, la de que el general Murray con un pequeño cuerpo franquease el Duero por Avintos. Efectuó Murray este arriesgado paso en cierto número de botes sin ser notado, y tan diestramente, que cuando en la mañana del 12 se anunció á Soult que los enemigos habían pasado el Duero, nadie daba crédito á la noticia, hasta que el general Foy subiendo á una eminencia certificó haberlo visto con sus propios ojos. Pónese entonces todo el ejército francés apresuradamente sobre las armas; salen algunos cuerpos á detener al enemigo; empéñase un vivo combate, en que quedan prisioneros, de una parte los generales franceses Delaborde y Foy (aunque este fué rescatado), de la otra lord Payet: pero los ingleses vencen, se apoderan de varios cañones, y avanzan y penetran en Oporto, de donde sale precipitadamente Soult con su ejército (3).

De los dos caminos que le quedaban para retirarse, el de Amarante, que él hubiera preferido, no se le pudo preservar el general Loison, perseguido por los generales ingleses Beresford y Wilson, y por el portugués Silveira. Tuvo pues que optar por el único que le quedaba, retrocediendo por Braga y Chaves. Pero impracticable para ruedas, tuvo que hacer el duro sacrificio de inutilizar y abandonar toda la artillería y

(1) Memorias de Jourdan.—Thiers refiere este suceso con gran prolijidad en el tomo XI de su Historia del Imperio.—Du Casse le trata mas sucintamente.—Napoleon, á cuya noticia llegó, escribió mas adelante una carta á Soult en que le decía haberse hecho reo de lesa Majestad, pero que le perdonaba. El rey José aconsejó á Soult que quemara aquella carta.

(2) Durante su arresto logró en una ocasion fugarse, pero cogido otra vez fué fusilado.

(3) «La sorpresa del ejército francés en Oporto (dice un historiador de aquella nacion), en pleno día, es un acontecimiento tan raro, que si se buscara su explicacion en el descubrimiento del complot de que hemos hablado antes se desprenderian consecuencias disgustosas. La negligencia de los oficiales encargados de observar el Duero es imperdonable, la conducta del mariscal Soult mas que extraordinaria.—Se ha elogiado mucho la operacion de Wellesley; se ha dicho que era bella, atrevida y sabia; mejor habria sido decir que fué feliz; y que no habria sido sino temeraria, si el duque de Dalmacia se hubiera ocupado mas de sus tropas, y menos de sus proyectos ambiciosos.»

todos los carruajes, metiéndose por intrincados laberintos de bosques, riscos y estrechas fragosidades, marchando á veces á la desfilada, pues había sendas en que apenas cabían dos personas de fondo, luchando con las partidas de paisanos que defendían los estrechos, seguido de cerca por Wellesley, sufriendo las lluvias, precipitándose á veces hombres y caballos por los derrumbaderos, siendo los que se rezagaban asesinados por los paisanos, así como los franceses quemaban los pueblos por donde iban transitando, abandonados por sus moradores. De esta manera, y pasando Soult los mismos ó mayores trabajos que hacia poco tiempo había hecho pasar al inglés Moore cuando le fué persiguiendo de Astorga á la Coruña, llegó el 19 de mayo á Orense, desde donde se trasladó á Lugo para ponerse en combinacion con Ney. Así regresó el que había ido á Portugal con infulas de hacer él solo la reconquista de aquel reino, del que se tituló gobernador general, y en cuya corona soñó algunos días. Su retirada, sin embargo, fué de un capitán de corazon. Veamos ahora lo que en el intermedio de su malograda empresa había acontecido en Galicia y Asturias.

Habiendo quedado el mariscal Ney para dominar la Galicia en tanto que Soult hacia su expedicion á Portugal, el marqués de la Romana, después de haber sido batido en Verín, determinó ganar otra vez las fronteras de Castilla. Uniósele en Luvian el general Mahy que mandaba la retaguardia, y se había dirigido á las Portillas, gargantas que parten término entre las dos provincias (marzo, 1809). Allí se determinó encaminarse á Asturias con objeto de soplar el fuego de la insurreccion en el Principado. Pusiéronse en marcha hácia las escabrosas montañas de la Cabrera; y después de unas jornadas penosas aparecieron con sorpresa de todos en Ponderada del Vierzo. En una ermita inmediata á la poblacion encontraron un cañon de á doce con su cureña y sus balas correspondientes, acaso abandonado en la retirada de Moore. Sugirióse este hallazgo la idea de acometer á Villafranca, tres leguas distante en la carretera y á la entrada de Galicia, donde había mil franceses de guarnicion. Sorprendidos estos con la aparicion inopinada de tropas españolas y al ver un cañon de grueso calibre, refugiáronse al fuerte palacio de los marqueses que toman el título de aquella villa. Atacados allí é intimidados por los españoles, que ellos creían en mayor número, entregáronse abriéndoles la puerta, y dándose por prisioneros (17 de marzo). Avergonzábanse después de haberse rendido á tan mal apañada gente. Este hecho de armas que llegó abultado á Galicia, alentó á los patriotas de aquel reino, en el cual hormigueaban ya, y hervían, digámoslo así, las partidas de paisanos armados, llamadas *guerrillas*, capitaneadas unas por naturales del pais, otras por oficiales enviados al efecto, ya por el mismo marqués de la Romana, ya por la Junta Central, de lo cual es preciso dar cuenta antes de pasar á lo de Asturias.

Indicamos ya atrás que desde la salida de Soult de Galicia había cundido grandemente la insurreccion en el paisanaje gallego. En efecto, en las feligresías de las provincias y comarcas de Tuy, Orense, Santiago, Lugo y otras, apenas hubo hombre capaz de manejar una escopeta, un trabuco, una hoz ó una espada que no corriera á alistarse y formar grupo en aquellas partidas que se levantaban en derredor de los patriotas mas ardientes y de mas influencia en el pais, cuyos improvisados caudillos eran, ya un particular acomodado, ya un juez, ya un eclesiástico, ya un alcalde, ya un labrador, ya un estudiante, distinguiéndose entre ellos desde el principio los abades de Couto y Valladares, el alcalde Seoane de Tuy, los particulares Quiroga, Tenreiro, Marquez, Cordido, los estudiantes Martinez, y otros que se pudieran enumerar. A fomentarlas y organizarlas destinó Romana en capitanes Colombo y Gonzalez, nombrado este último Cachamuña, del pueblo de su naturaleza; y la Junta Central envió al teniente coronel García del Barrio y al alférez don Pablo Morillo. Molestaban estas partidas á los franceses en todas direcciones, y engrosándose, llegaron á formar hasta regimientos y á acometer empresas ya serias, como fueron los sitios de Vigo y de Tuy.

Guarnecían la primera de estas ciudades mil trescientos

franceses. Propusieron cercarla, hasta reconquistarla, varias partidas de voluntarios, á los cuales se agregó el alférez don Pablo Morillo, que estando al frente de la plaza tuvo que acudir al puente de San Payo, por donde amenazaba pasar una columna francesa: aseguró Morillo la defensa del puente con cinco cañones que se pudo proporcionar, y volvió al sitio de Vigo llevando en su compañía trescientos hombres de los que mandaban Cachamuña y Colombo. Muy estrechada la ciudad é intimada su rendicion por el abad de Valladares, y repugnando el comandante francés pasar por la vergüenza de capitular con simples paisanos, acordóse, atendidas las prendas militares de Morillo y su procedencia, elevarle al grado de coronel. El nuevo jefe de los sitiadores intimó sin tardanza y en términos fuertes la rendicion (27 de marzo): accedió entonces el comandante francés á entregar la plaza al caudillo militar, á condicion de salir la tropa con los honores de la guerra y de que sería llevada prisionera á Inglaterra en buques ingleses. Mas como tardara en ratificar este ajuste mas horas de las convenidas, amostazáronse los españoles, acercáronse á los muros y comenzaron á derribar á hachazos la puerta de Gamboa, manejando el hacha con su propia mano el terrible Cachamuña. Recibióse entonces la ratificacion, y entregáronse á Morillo (28 de marzo) cuarenta y seis oficiales y mil doscientos trece soldados prisioneros. Una columna francesa que venia de Tuy en socorro de los sitiados fué acometida y deshecha, con muerte de muchos y dejando en poder de los nuestros setenta y dos hombres. Mucho y con razon se celebró en Galicia y en toda España la reconquista de Vigo hecha casi solo por paisanos, y sin un solo ingeniero, ni una sola pieza de artillería.

No tuvo tan feliz remate el bloqueo de Tuy (donde Soult para entrar en Portugal había dejado guarnicion con parte de la artillería y los enfermos), puesto tambien por el paisanaje, y principalmente por el abad de Couto, al cual acudieron después de la rendicion de Vigo Morillo, Tenreiro, Cachamuña y otros, y por otro lado el capitán Barrio, nombrado comandante general por la junta de Lobera. Por desgracia tal concurrencia de caudillos solo sirvió para excitar entre ellos celos, piques y rencillas. Gobernaba la plaza el general La-Martinière, que en una salida se apoderó de cuatro piezas de los nuestros: socorriéronla tropas francesas por la parte de Santiago, y Soult desde Oporto envió tambien una columna al mando del general Heudelet; con lo cual los españoles levantaron el cerco, si bien no creyéndose allí seguro La-Martinière en el momento que se retiraran sus auxiliares, recogió artillería y vituallas, desamparó la ciudad (16 de abril), y pasó á incorporarse en Valenza de Miño á la columna de Heudelet que había de regresar á Oporto.

Dedicáronse entonces los caudillos de Galicia á levantar mas gente y á organizar la que existía, formando de toda ella la que se denominó *division del Miño*. Incorporóse una partida que andaba por tierra de Salamanca, capitaneada por don José María Vazquez, titulado el Salamanquino. Y todas estas fuerzas vino luego á mandarlas y dirigir las don Martín de la Carrera, uno de los jefes de la Romana, que se había quedado en Puebla de Sanabria recogiendo dispersos. Llegó, pues, á reunir Carrera un cuerpo de diez y seis mil hombres, con algunos caballos y nueve piezas de artillería. No tardó Carrera en derrotar, dirigiéndose á Santiago, al general Maucune que con tres mil hombres le había salido al encuentro: metiéronse los nuestros de rebato en la ciudad (23 de mayo), siendo el primero que penetró don Pablo Morillo. Allí encontraron un depósito de fusiles, vestuarios, y cuarenta y una arrobas de plata labrada, recogida por los franceses de los templos.

Sigamos ahora al marqués de la Romana á quien dejamos marchando á Asturias, y en cuyo principado entró poco después del triunfo de Villafranca del Vierzo. La junta de Asturias se había señalado por sus vigorosas y enérgicas providencias, así de defensa y armamento como de administracion, y que por lo mismo, si bien eficaces para su patriótico objeto, habían descontentado y resentido á muchas clases, especialmente las privilegiadas, no habituadas como las otras á contribuir al procomunal. Tales eran, la de obligar á tomar las armas á